

Lo que el agua descubrió

Carlos Leavi

Lejos del sentido altruista de una solidaria cristiana, La Plata fue escenario del despliegue de una cultura política que hundió su raíz en lo popular. La memoria actualizada, el sentido de lo público y las escenas del héroe colectivo.

Cuando “Chicha” Mariani, fundadora de las Abuelas de Plaza de Mayo, entró a declarar en el juicio a Miguel Etchecolatz, en 2006, todos los presentes comenzaron un aplauso que creció en intensidad hasta que se pararon todos en la sala de audiencias. Lo mismo ocurrió cuando llegaba con paso cansino a escuchar el fallo del “circuito Camps” en diciembre de 2012. Y cuando el agua de la inundación le pasó la cintura, no había modo de que sus vecinos la convencieran que debía salir para salvar su vida. Ella quería quedarse cuidando el archivo: las colecciones completas de diarios, los miles de videos, centenares de copias de expedientes de juicios contra los responsables de los crímenes de la última dictadura cívico-militar en todas las jurisdicciones desde 1985 hasta la fecha. “Chicha” fue rodeada, cobijada, vestida y cuidada por sus vecinos, por la militancia popular que ayudó a reconstruir todo.

El barrio La Emilia de Melchor Romero se construyó hacia mediados de 2010 luego de un brutal desalojo a las familias que vivían en Gorina en los bordes de un country. Las medidas fueron ordenadas y ejecutadas por lo que se llamó en aquel momento la justicia feudal. Sus habitantes sufrieron la tormenta, pero apenas se enteraron de la magnitud de la inundación en la ciudad comenzaron una colecta, a juntar ayuda, a dar lo que tenían. Reunieron alimentos, ropa, pañales. Lo que tenían. Todo sumó para la donación. “Ahora nos toca ayudar a nosotros”, dijeron. A la semana, con la baja en el trabajo de la construcción, las mismas familias que habían donado necesitaban alimentos. ¿Cómo podríamos llamar a esta solidaridad? ¿Hay manera de nombrarla? ¿Cómo dar cuenta de este gesto heroico de quién se desprende para otros de aquello que a los pocos días necesita para sí mismo?

En decenas de testimonios se relatan las ayudas de quienes en carros con sus caballos sacaban a sus familias de las casas, en kayaks surcaban las calles convertidas en ríos para salvar a quién encontraran a su paso. Sogas desde edificios levantando personas corridas por la corriente, abuelos aferrados a sus nietos pasando la noche arriba de un mueble. Además de las calles, la solidaridad popular afloraba en ámbitos religiosos organizando la ayuda, en clubes de barrio convertidos en centros de evacuados, en nuestra facultad de periodismo trabajando como centro de la asistencia del gobierno nacional. Son centenares las historias donde se escribió y se vivió ese “héroe colectivo” del que hablaba Oesterheld en El Eternauta.

De esta manera, en la experiencia que se vivió en La Plata la amplitud de la ayuda que la sociedad se brindó a sí misma fue tan desbordante como el agua. Y se puso en acción desandando los miedos que la supuesta inseguridad pro-





maíz Dossier Inundaciones

Lo que el agua descubrió



movía, los cuales eran corridos por la motivación a ayudar, a solidarizarse con el otro. Además de la familia, los amigos y los compañeros, aparecieron los vecinos, como espacio que estaba recluido y que surgió como un emergente colectivo, desvalorizando las salidas solitarias/individuales, dando valor al trabajo

El acontecimiento que implicó la inundación, rebasando los límites geográficos platenses, puso en evidencia una memoria de pueblo. Evidenció e hizo visible una cultura política que nos inscribe en una tradición de modos de entender la democracia desde la participación popular.

Hablamos de un pueblo que está sedimentado en las luchas, en la entrega desinteresada por el bien común, en la construcción colectiva, nunca en el egoísmo ni en la miseria. Lo del pueblo es lo masivo, lo popular, lo común a las mayorías, y está enraizado en el lenguaje y en las prácticas de todos los luchadores sociales. No desconocemos las contradicciones y tensiones que atraviesan estas experiencias. Y, descartada la mirada romántica, asumimos que se trata de un elogio y una reivindicación que asume una disputa por el sentido respecto de los significados, valores y representaciones de amplios sectores del pueblo argentino.

Es la memoria de un pueblo que puede rastreadarse en la expulsión del imperio durante las invasiones inglesas, en la gesta sanmartiniana, en la revolución del parque, en la lucha de los primeros anarquistas, en la resistencia peronista, en los movimientos revolucionarios, en las luchas contra la dictadura.

Por eso hablamos de una cultura política, que corriendo los límites de la beneficencia caritativa, se va sacando de encima los efectos sociopolíticos de la dictadura y del neoliberalismo. Porque es una tarea militante cotidiana no olvidar que los alcances de un genocidio como práctica social permanecen durante décadas en el tejido social, en sus relaciones y en sus maneras de considerar al resto de los grupos/actores sociales de la comunidad. De cierto modo se le

gana una batalla al miedo, al terror, a la desconfianza en el otro. Es como desandar aquel *Yo, argentino* que evitaba la expulsión del país a principios del Siglo XX con la ley de residencia, o el *No te metás* de la dictadura; para transformarse en *La inundación nostoco a todos* o *La Patria es el Otro*. Sentidos disputados en el espesor de la cultura, en el cotidiano, en la calle, en el trabajo de muchos.

Estas experiencias, múltiples y diversas, en una ciudad nuevamente devastada, ponen en valor la solidaridad, la ayuda, no como beneficencia o caridad inocua, no desde una mirada filantrópica, sino como parte de los nuevos/viejos modos de la participación democrática.

Esta creencia en la política como herramienta de transformación, como capacidades operando en el cotidiano de nuestra sociedad, va constituyendo de algún modo una cultura de la participación, contra la idea de delegación. A tal punto que interpela la idea de Estado. Ese mismo Estado que fue denostado y descuartizado en los noventa, hoy es esgrimido como arena de una lucha por otro tipo de sociedad, como instrumento imprescindible para la felicidad del pueblo. Y pese a la angustia y al dolor de la tragedia, hay una alegría que se expresa en estos encuentros solidarios con otros. Y no es sorpresa que este júbilo, incomode a quienes incomoda este tipo de democracia. Pero es necesario que esta manera de profundizar la democracia, que se vivió y se vive en estos días en la ciudad que habito, sea dicho, sea nombrado, sea contado, sea puesto en común para celebrar esta primacía de lo político que construye un nuevo Estado y que promueve el protagonismo popular.

De esta manera, uno de los desafíos surge entonces en la continuidad o profundización de este nuevo rol social. Porque el agua destapo muchas necesidades que ya existían, por lo cual la inundación no puede procesarse socialmente como un momento extraordinario que se vaya olvidando, sino como la traducción en políticas institucionales que desde diferentes ámbitos y en la medida de sus posibilidades, promuevan la continuidad de la solidaridad social y la participación popular en estos esquemas.

No sería el catastrofismo la mejor salida ante lo que queda a la vista. Más bien se trataría de seguir tendiendo los puentes entre los sectores sociales, de poner en común las informaciones precisas y necesarias, de valorar estas experiencias como una nueva etapa en el desarrollo político de un país y una ciudad donde sus pueblos han dado un ejemplo de cómo y por dónde podría ir nuestra cotidianidad democrática.

Surge entonces una recreación del sentido de lo público, que desde una cultura política de participación popular, promueve una manera de entender, vivir y luchar en estos 30 años de democracia argentina.